

Es por ello que los juicios tenían lugar asimismo debajo del árbol sagrado como ocurría en el mismo pueblo de Melendreras y en Mier (Peñamellera, Asturias). En este último lugar los litigios más o menos formales se dirimían «*Ande'l teh.u*», el lugar de la legalidad. Y en la región normanda de Calvados, además de la costumbre de reunirse bajo el tejo o escuchar los bandos a su alrededor, a la sombra de este árbol se celebraban los juicios, con la particularidad de que al ganador del pleito o proceso se le entregaba un ramito de tejo como señal de su victoria. Se ha explicado así el sentido original de la palabra francesa «*bailli*» (magistrado), que significaría '*celui qui baille*' (el que entrega), pero esta tesis no está clara. El carácter jurídico del tejo tendría otras diferentes atribuciones. De un modo bastante claro, en su papel como testigo y sala de audiencias por lo que respecta a las reuniones que se celebraban a su amparo para hacer las leyes y ordenanzas, empeñar la palabra o celebrar los juicios. E incluso como en el caso de los olmos y tilos centroeuropeos que tuvieron funciones similares, pudo ser el sanctasanctorum al que se acogía el perseguido por la justicia para que no lo pudieran prender, del mismo modo que más tarde los templos cristianos fueron los lugares en los que «acogerse a sagrado», pese a que no siempre la protección fuera del todo fiable, como bien aprendió el mentado don Alonso de Priede.

Y aún veremos a los tejos seculares en sus plazas, haciendo las veces de heraldos y sirviendo como soporte para fijar los bandos y noticias públicas, las esquelas y anuncios de toda índole que en muchos lugares se leen al pie del árbol, como continuación de la costumbre de que el pregonero se colocara en aquel mismo lugar de convocatoria.

PÉRDIDA Y DECADENCIA DEL PATRIMONIO DE TEJOS «CULTOS»

Cuando unos arqueólogos victorianos se encontraban haciendo excavaciones en el enclave de un santuario precristiano en Taplow, Buckinghamshire, derribaron un antiguo tejo que se erguía justo en el centro de su excavación. En el suelo no encontraron nada, y nunca cayeron en la cuenta de que, junto con el árbol sagrado, ¡habían destruido el corazón mismo de lo que buscaban! Esto sucedió unos cien años atrás, pero todavía hoy puede ocurrir...⁴⁵

⁴⁵ Hageneder, Fred. *El legado de los árboles*. Santiago de Chile: Columba Ediciones, 2009.



Tejo de Bustantigo (Allande-Asturias), en 1990, con los muñones aún sangrantes tras la poda.

Llegados a este punto, se impone tratar siquiera brevemente sobre la decadencia de todo ese patrimonio de tejos (y otros árboles) que, junto a iglesias, casonas y otros lugares significativos formaban parte de una cultura que se está perdiendo. El olvido de ese culto, veneración o respeto a los árboles totémicos ha propiciado un acelerado declive de los mismos. Casi siempre son las obras las que en esta época de bonanza, terminan tarde o temprano remodelando una y varias veces su entorno. Las transformaciones lentas de siglos pasados han dado paso a una vertiginosa actividad constructora tanto de infraestructuras como de edificios, determinando la muerte o la grave afección de muchos ejemplares

que, precisamente por ocupar lugares centrales, se encuentran muy expuestos al impacto de paso de carreteras, pavimentaciones, cables, zanjas de todo tipo, obras de restauración...

Conocemos por otra parte varios casos de párrocos que cortan o venden el tejo de la iglesia o intentan hacerlo y no lo consiguen por la oposición de los vecinos. Las causas han sido diversas; lo más común era obtener dinero por la venta de la madera para arreglos de la iglesia, por ejemplo, o deshacerse del árbol que con sus raíces dañaba el edificio. Queda en estos casos la duda de si persiste alguna componente ideológica, herencia de las antiguas talas de árboles sagrados que la iglesia practicó para combatir el paganismo. En Panes (Peñamellera, Asturias), derruida la iglesia (fue quemada en 1936) al principio de la guerra civil, se reconstruye en otro lugar, y el tejo, un ejemplar cuyo tronco no podían abarcar cuatro personas, termina siendo talado por el cura en 1964. Al parecer, molestaba para la entrada del cementerio que se había construido al lado. Un sucesor de aquel será plantado en el mismo año, quizá como desagravio, pero se perdió irremediabilmente el magnífico ejemplar centenario (pueden verse en estas páginas imágenes de principios del siglo XX, cuando todavía estaba la iglesia en pie, junto al viejo árbol).



El Teju del cementerio, junto a la iglesia de San Vicente de Panes (Asturias), fue talado en 1964.

Hemos preferido soslayar este tema de los tejos talados cuando las informaciones de que disponíamos no eran del todo fidedignas. Tan solo mencionaremos algún ejemplo, especialmente notorio en este sentido, como el del cura que llega a un trato con el maderista y se presenta al poco en la serrería a devolver el dinero porque los paisanos se han puesto un tanto levantiscos; o el de los maderistas que llegan ya dispuestos a serrar el texu por los pies y pese a que tan sólo algunas beatas acudían a la iglesia normalmente, aquel día encuentran allí a todos los vecinos para defender el árbol.

Hay que decir por otro lado que la actual protección de estos árboles en muchas comunidades, y una nueva conciencia de lo que representan, hace mucho más difícil este tipo de actuaciones.

Pero también hemos comprobado, en varios casos que relatamos, la situación contraria, en la que son los curas quienes defienden a «sus» tejos de toda agresión y, fieles a la tradición indígena, sólo consienten que las bendiciones del día de Ramos se hagan con ramas de esta especie. Un buen ejemplo en Asturias es el de Agustín Hevia Ballina, director del Archivo Histórico Diocesano de Oviedo, quien además de participar activamente en la plantación de tejos como el de la capilla de Loreto (Colunga), o el de la iglesia de Camoca (Villaviciosa), nos ha facilitado informaciones relevantes en este sentido. Por ejemplo, el caso del párroco de Leiguarda que dejaba escrita para la posteridad la crónica de sus plantaciones a principios del siglo XVIII:



Tejo de Brañes (Oviedo), desgajado por un vendaval en enero de 2009, tras haber sufrido toda clase de maltratos y remodelaciones del entorno.

Yo, Domingo de Alba de la Vega, natural de Quintana, cura de Leiguarda, he plantado un *texo* delante de la puerta de la Iglesia y lo hice la noche de Santa Oblalia del año de mil y setecientos y diez, y conociendo el gran adorno que era, envié al lugar de Fresnedo otro a mi costa, el 23 de Septiembre de mil y setecientos diez y nueve y también envié otro, a mi costa, al lugar de Montovo, concejo de Grado, el veinte de febrero de mil y setecientos y veinte y uno, que está junto a la posada de la Losa.⁴⁶

Actualmente, puede verse aún el magnífico Tejo de Montovo (Belmonte). También nos selañaba D. Agustín que en el libro de fábrica de la parroquia de Santa Cruz de Llanera (Concejo de Llanera), encontró una noticia que da testimonio en 1771 de la plantación de cinco *texos* junto a la iglesia (folio 130, Ref. 29.11.6). Una nota al margen señala que estos tejos (los tres que entonces quedaban) fueron destruidos en 1936 para la leña de las cocinas de los milicianos.⁴⁷

En la misma línea podríamos mentar otros sacerdotes que nos han facilitado datos preciosos sobre estos árboles, en conversaciones informales o en respuestas a cuestionarios que dejan traslucir una especial predilección hacia esta especie.

⁴⁶ *Libro de Casados y Difuntos de la Parroquia de San Martín de Leiguarda*, texto escrito sobre la cubierta de pergamino de este libro que figura en el Catálogo del Archivo con la Referencia 5.7.8.

⁴⁷ Agustín Hevia Ballina en comunicación personal y artículo de *La Nueva España*: «A vueltas con los *texos* asturianos», 12 de junio del 2016.



Tejo seco por la remodelación del jardín de la Villa María Magdalena (Oviedo).

Si nos remontamos a otras épocas y lugares, los mecanismos de defensa de los tejos han sido muy variados. Iban desde los tabúes y creencias diversas en las desgracias que podían ocurrir a quien dañara a uno de estos árboles hasta las leyes estrictas como la irlandesa (*Brehon Law*), que establece ya en la Edad Media las distintas multas por derribar árboles. Su cuantía dependía de la importancia o rango de los mismos. En este caso, el tejo compartía la jefatura con otros seis «árboles jefes». En otra antigua ley galesa, es el «consagrado tejo» en solitario el que encabeza el orden de importancia con una libra de multa por cortarlo, mientras la pena por cortar un tejo no consagrado ascendía a 15 centavos.⁴⁸

Sin embargo, los principales mecanismos de defensa del tejo se han ido perdiendo desde el momento en el que los ancianos —que detentaban el conocimiento del valor tradicional de estos árboles y su significado histórico, social, cultural, religioso, etc.— están hoy relegados por las nuevas generaciones, que no aprecian estos valores y rinden culto al «progreso». En muchos casos, los abuelos contemplan atónitos e impotentes, sin atreverse siquiera a protestar,

⁴⁸ Hal Hartzell. Jr. *The Yew Tree*. Oregon: Hulogosi, Eugene, 1991.

los atropellos cometidos por administraciones locales o regionales o por los propios particulares que asfaltan, pavimentan, podan... haciendo alarde de una gran inconsciencia y ningún conocimiento.

Otra de las desgracias de los tejos «cultos» es la de los cuidados «excesivos». El propio aprecio que se les tiene puede resultar fatal si concluye en actuaciones como la construcción de corras que entierran el cuello del árbol. En un caso conocido, la remodelación del espacio, y la consiguiente corra de piedra alrededor del tejo, terminó con el arranque del tejo centenario con una excavadora, para colocarlo a la altura del nuevo nivel de tierra de la corra. En este caso, los ejemplos de amores que matan son también inagotables y forman parte de esta antología de los horrores en la que se está convirtiendo una parte demasiado notable de este patrimonio.

La mayor parte de las veces, el declive de estos árboles se produce no tanto por las agresiones en sí mismas como por la entrada de hongos debida al debilitamiento y las heridas que reciben. La muerte o agonía suele ser tan lenta que pocas veces se relaciona con la causa que originó los daños. Una situación, por cierto, que puede extrapolarse a otros muchos árboles en entornos humanizados.

En la última década, todo este espléndido y longevo legado ha envejecido siglos, y al ritmo actual tan solo quedará un conjunto de decrepitos esqueletos, más o menos avejentados, que en todo caso resulta un fiel reflejo de la cultura y sensibilidad de nuestra generación respecto a este patrimonio.

Es en este momento, en el que más conciencia tenemos de los valores de este árbol en cuanto a cultura y simbolismo, biodiversidad, ecología, etc., cuando empezamos a comprender la tragedia de su exterminio.

En el caso de tejos junto a iglesias, plazas y lugares significativos, vemos que las administraciones declaran los mejores ejemplares Monumentos Naturales o Árboles Singulares o los amparan bajo cualquier otra figura de protección. Sin embargo, pocas veces se tiene en cuenta el impacto que puede tener este tipo de declaraciones. Cuando no van acompañadas de la necesaria gestión, la protección puede convertirse en un verdadero problema, por ejemplo, de compactación del terreno a causa de las visitas masivas.

Con todos estos antecedentes que demuestran la verdadera persecución que ha sufrido y sufre el tejo, tanto en lo que respecta a sus poblaciones silvestres como a los ejemplares sagrados condenados hace siglos por la iglesia y acosados actualmente por actuaciones inconscientes sobre los propios árboles y sus entornos, es posible preguntarse cómo ha logrado siquiera sobrevivir en tantos lugares.



La explicación debemos buscarla en la resistencia del propio árbol, pero también en el respeto que, pese a todos los pesares, ha venido amparando a esta especie.

Este respeto, que a veces era, como hemos visto, verdadera veneración, pertenece en gran parte al pasado, pero no deja de sorprendernos la pervivencia del sentimiento de identificación con el árbol totémico que hoy, se diría, renace con fuerza. Añadiremos, en este sentido, otra referencia que nos parece muy ilustrativa del amparo cultural que tuvo tradicionalmente el tejo en muchas comarcas. Así, en *El libro del tejo* podemos leer sobre el «Tejedelo», la tejeda próxima a Requejo, en Sanabria:

La tejeda es denominada localmente *U Teixedelo* (en dialecto sanabrés), el Domingo de Ramos se usan las ramas de tejo por toda la comarca, además había la costumbre de coger una gruesa rama de tejo y ponerla en la iglesia. Los ejemplares viejos siempre se conservaban, «cortar un tejo allí era como un sacrilegio».⁴⁹

⁴⁹ *El libro del tejo*. Ob. Cit. 209.

Y es que, en ocasiones, la sensibilidad y el sentido común parecen haberse impuesto en nuestra historia reciente. Terminamos este capítulo citando de nuevo a Ana María Moradiellos, «la memoria de Sotres», que nos relataba de un modo magistral el ocaso del tejo en este pueblo de altura. Su testimonio es una muestra de cómo la tradición y la veneración al árbol pueden estar estrechamente ligadas a la conservación de los ejemplares silvestres:

Rodeando Sotres, en los montes, abundaba muchísimo el tejo hasta los años 40. Se usaba para la construcción de tejados porque era «invencible» para las goteras y humedades. La ripia era de jaya. Todos los cabrios de Sotres eran de tejo porque también aguantaban el peso de la nieve. No así las vigas grandes, porque era imposible serrarlas.

El portal de las casas siempre tenía poste de tejo y piedra en la base, y aún queda así el de la casa de Manuel Jesús. Entre los años de 1927 y 1932, había mucha necesidad y el pueblo hizo una «concentración parcelaria», repartiendo parcelas entre los vecinos en el monte Robredo, una gigantesca colina. Todos cortaron los tejos. Su abuelo fue el único que los respetó y mantuvo. Pero de los años 60 para acá se los cortaron de extranjis una noche y, como era herrero, los aprovechó para hacer carbón.

También había *texos* en la Mayada del Texu. Hoy no quedan. En El Texedal, donde hay una cueva para quesos y había un bosque de tejos no muy grande, hoy no quedan. En Tres el Texu, donde también los hubo, tampoco quedan.

Explica su desaparición porque se codiciaban muchísimo para la construcción. Ella no los conoció en ninguno de estos lugares, pero sí escuchó el testimonio de quienes los conocieron.

Tradicionalmente, los tejos sólo se usaban cuando había que construir una casa, nunca para leña. Se recuerda un vecino que había ojeado un tejo y fue a podarlo para leña. Cayó del *texu*, se cortó con el hacha y quedó baldado para siempre. Su desgracia la atribuyeron en el pueblo, por un lado a que lo hizo uno de los tres días más sagrados, el del Corpus Christi, lo cual era en sí una «herejía»; pero, por otro, a que se atreviera a cortar el *texu* para leña.

Como si de iniciar una nueva era se tratara, la misma Ana María ponía el contrapunto con esta otra apreciación que nos llena de esperanza:

Ahora está saliendo en los últimos 15 años mucho tejo en montes donde ha cesado la presión de las cabras, y brotan, en la zona del Fito y otras, a montones, todos pequeños.

Hay que señalar, por lo que respecta a la desaparición de los tejos de *conceyu* e iglesia en Sotres, que la memoria de estos árboles se ha conservado a veces tan solo gracias a estos testigos de excepción. Creemos que son muchos los pueblos que han tenido tejos y otros árboles centrales de los cuales no quedan ni siquiera vestigios de su memoria.